NUEVO, Y CURIOSO

ROMANCE,

EN QUE SE DA CUENTA, Y DECLARA los hechos, arrestos, y valentías de Don Juan de la Tierra, natural de la Villa de Illescas. Dáse cuenta de las reñidas pendencias que tuvo en defensa de su Rey. Con todo lo demás que verá el curioso Lector.

PRIMERA PARTE.

COronense de Laureles
todos los guapos de España
al oir de un Castellano
triunfos, victorias, palmas;
y los hombres mas valientes
humildes le rindan párias
à este Heroe, à este tremendo,
segundo marte en las Armas.
Nació en la Villa de Illescas,
dando aumentos à la fama,
el gran Don Juan de la Tierra
de esclarecida prosapia,
aunque un mediano caudal
à su padre le acompaña.
Dieronle Estudios, y fué
un Seneca en la elegancia;
y en manejar el azero
exedia à otro Carranza;
aqui se cumple el refrán,
hombre pobre todo es trazas.

Sa-

Sabiendo estas facultades,
à rienda suelta se andaba
riñendo algunas pendencias
en defensa de las Damas.
Cumplidos los veinte años
edad florida, y gallarda
de sus juveniles años,
y madurez de su infancia,
en el golfo de sus gustos,
eterno consideraba
à su padre, mas frustróse
toda su vana esperanza,
se transformaron sus gozos
en el anhelo, y la carga
de su madre, y los cuidados
de su padre le quedaban.
Mas como la juventud
en nada pone eficacia,
arrestado dió la muerte
à un mancebo de la patria.
Ausentóse, y fué à la Corte,
tomó de Soldado plaza
en una Vandera, que
para Napoles marchaba,
y con capa de Soldado
vivia muy à sus anchas.
Saliόse una obscura noche
à buscar à cierta Marca,
y al passar por una calle
oyó que hablaba una Dama
porque el eco de la voz
femenina se mostraba.
Parόse, è hizo el reparo
que à un Cavallero le hablaba,
diciendo: Pongase en fuga,
mire, mire, que lo maten;
à cuyo tiempo llegaron
ocho hombres con espadas.
Juan de la Tierra que vido,
aquella alevosa infamia,
al lado del Cavallero
se puso con arrogancia.
Portóse con tal valor,
que los quatro en la estacada
fueron à dar residencias
à las Celestes moradas,
y los otros hacen fuga,
que como viento bolaban.
El Cavallero le dice:
Quien éres ? Cómo te llamas ?
Juan de la Tierra es mi nombre,
Illescas mi amada Patria.
Assi le hablaba Don Juan
à la Magestad Cesarea
del Rey Don Felipe Quarto,
el que al proviso le manda,
que tomasse unos doblones,
y tambien la Real alhaja,
de un Anillo de diamantes,
y que à Palacio se vaya
luego que amanezca el dia,
que será mayor la paga,
que él era el Mayordomo
del Rey, y mire le encarga,
que no se olvide de ir;
à Dios porque viene el Alva.
Don Juan colocó su Anillo
en una bolsa, y lo guarda
con cuydado dentro el pecho:
(ó lo que el discurso alcanza!)
En tanto que huvo dineros
tuvo muchos camaradas:
Llegó aquel proximo Invierno,
à Napoles fué la marcha,
llegaron à la Ciudad,
à donde el resto gastaba;
viendo no tenia un quarto,
y la hambre le apretaba
acordóse de su Anillo.
A un Platero se llegaba
à ver si comprar queria
aquella fina tumbaga.

El

El Platero que la vido,
le responde estas palabras;
Señor Principe, que es esto ?
este Anillo lo declara,
que soys persona Real,
su Alteza no niegue nada.
Don Juan reparóse, y dixo:
Soy hijo del Rey de España,
el gran Don Felipe Quarto;
por defender à una Dama,
le dí la muerte sangrienta
à un hijo del Duque de Alva,
y temiendo de mi padre
el castigo que me aguarda,
hasta verlo mas templado,
es fuerza que ausencia haga.
De la Corte me salí
sin que nadie sepa nada,
y assi, si tú determinas
el que se vea ensalzada
tu casa, haciendote Noble,
sobre esta Real alhaja,
para mi adorno, y decencia
dame monedas, y galas;
que si te portas conmigo,
luego que me passe à España,
prometo te ampararé,
juro por mi Real palabra.
El Platero le responde:
En esta Ciudad se halla
un Compadre mio, que
grande hacienda le acompaña;
à este dicho le hablaré,
en lo que su Alteza manda.
Mucho puede el interés,
su Imperio todo lo arrastra.
El Maestro de Platero,
se partió con vigilancia
à casa de su Compadre,
cuenta de todo le daba,
como en su casa tenia
à un gran Principe de España;
que era el dueño de la prenda,
que dice su forma, y traza.
Movido de la codicia,
le pusieron una sala
adornada con primor
le remiten dos criadas,
dos criados, y carroza,
compuesta, y aderezada.
El les encarga el secreto,
y es porque asi le importaba.
Se cruzaban los doblones,
los diamantes, y las galas.
Sepamos que el Mercader
tiene por hija una Dama,
hermosa à las maravillas,
que es de todos envidiada.
Llegó el dia de San Juan,
en que previno en su casa
diversidad de manjares,
para la funcion que aguarda.
Fué à ver al Principe, y dióle
las visperas celebradas
de su Santo, y le suplica,
que passe à honrarle su casa
con su persona Real
que humilde se lo rogaba.
Amaneció el dia alegre,
poner la Carroza manda,
adornóse lo possible
desde el cabello á la planta.
Triunfante se passeó
hasta llegar à la casa
del Mercader, y apeose,
alegres lo saludaban.
El Mercader à su hija
le ha encerrado en una sala:
obedecióle à su padre,
mucho puede la crianza
pero mas puede el amor,
que son muy grandes sus trazas.

Pu-

Pussieron en fin, las mesas
con agradables viandas.
A este tiempo la doncella
que se miraba encerrada,
por el ojo de la llave
al Principe divisaba,
y de su arte, y su brio
fué mariposa abrasada.
Abaxóse, y por la puerta
una gatera se hallaba,
con dissimulo sacó
una hermosa mano blanca,
empezando à descifrar
por letras sus esperanzas.
Hizo Don Juan el reparo,
que se hallaba cara à cara:
fingiendo estar desmayado,
ó que accidente le daba,
todos se desatinaron,
teniendolo por desgracia.
Bolvió de aquel accidente,
donde en el lecho descansa,
suspiros exala el viento,
el uno al otro se alcanza.
Don Juan à su casa vino,
discurriendo forma, y traza
para probar la pechuga
del Ave Napolitana.
Del Casero se valió,
deciale estas palabras:
Cien doblones os daré,
si me llevas esta carta
à casa de tu Compadre,
y la entregas à una Dama,
à una Deydad, no la he visto,
solo si su mano blanca;
yo muero, y no se por quien,
esta confusion me acaba,
esta esperanza me alienta,
esta enigma me contrasta.
Has visto por dicho, ó suerte,
esta que me roba el alma?
El Casero le responde:
Es una hermosa muchacha,
hija del Compadre mio,
yo le llevaré la carta.
Dexemos en este estado,
la relacion en sumaria,
que Pedro Salvador dice,
quedará finalizada
del gran Don Juan de la Tierra
la Historia tan celebrada.

TRA-

TRATASE DEL DICHOSO FIN que tuvieron sus amores.

SEGUNDA PARTE

TOmó la pluma Don Juan
y de esta suerte notaba:
Desde el instante que ví
essa hermosa mano blanca,
quedé confuso, Señora,
tan rendido, y tan sin alma,
que aunque vivo no estoy vivo,
porque no vivo en tu gracia,
à lo qual yo te suplico,
si merezco dicha tanta
de ver essos dos luceros,
ò essa campaña estrellada;
tendrás por esclavo à un hõbre,
que es gran Principe de España,
y al recibir el favor,
te daré el premio, y la paga,
de mi Real mano, y serás
la Infanta mas celebrada,
y en tus Escudos pondrás
Castillo, y Leon por Armas.
Guardete el Cielo, Señora,
y cumpla mis esperanzas.
El portador se partió,
dió en mano propia la carta,
rompió la nema, leyó,
y la respuesta notada
de la Dama en esta forma
formalizó sin tardanza.
El referir à su Alteza,
soy maripósa abrasada,
por vida vuestra, que es
la verdad verificada.
La puerta de mi Jardin
tendreis esta noche franca,
el portador guiará,
porque no ignora la entrada.
Recibió el tal contenido,
fué populosa la paga;
y aqnella proxima noche
de ropa corta se arma,
con su calada montera,
y con su capa de grana;
tambien su par de pistolas,
para su defensa, y guarda.
Tocó el Relox las once,
à la diligencia marcha.
Entró Don Juan, y quedó
el otro de retaguardia.
Passados los cumplimientos,
que entre los amantes passan,
gozó los tiernos cariños
en alfombras de esmeraldas.
Passados ya los seis meses,
cuenta à su amante le daba,
suplicandole amorosa,
que se vinieren à España;

que

que se considera en cinta,
y se siente embarazada.
El le responde, diciendo,
que algo atrasado se halla
que à su padre lo robasse,
para el viage que aguarda.
A su padre le quitó
cantidad de oro, y plata,
y disponiendo el viage,
que el dinero mucho alcanza,
una tenebrosa noche,
hasta la Playa Romana
un barco los condució,
à donde hicieron parada,
hasta que yendo en camino,
muy claramente le habla,
diciendo, que es labrador,
y no principe de España,
que el Real Anillo que dió,
se le dieron y esto basta.
En fin, se la traxo à Illescas,
à donde se desposaba;
y con el caudal compraron
gran numero de labranza.
Dexémos à los amantes
con gran reposo en su casa.
Viendo, pues, el Mercader,
que la hija le faltaba,
y el Principe no parece,
previno passar à España.
En breve tiempo en la Corte
estuvo, y haciendo arduas
diligencias con secreto,
à todos los preguntaba
por el Principe Don Juan,
hijo del Quarto Monarca.
Le dicen: Passe à Palacio,
que alli darán esperanzas.
Entró, en fin y preguntando
por la magestad Cesarea
le dan el paso, y subió.

Hizo las acostumbradas
cortesias que se deben,
diciendole estas palabras:
De Napoles he venido
solo à besar vuestras plantas,
y à suplicaros, Señor,
el que Justicia se haga,
con quien me robó mi hija,
y se la ha traido à España.
A Napoles fué, Señor,
un hombre que se llamaba
Juan de la Tierra, y me dió
aquesta Real alhaja,
y dixo que era hijo vuestro,
y en la dicha confianza,
para su adorno, y decencia
le dí monedas, y galas.
No siento Señor, la hacienda,
solo siento mi hija amada.
El gran Felipe acordòse
de aquella noche pasada,
quando al Soldado le dió
el Anillo, y se repara,
diciendole, que bolviesse
al cabo de dos semanas.
El gran Rey mandó llamar
à un Capitan de sus Guardas,
diciendo passase à Illescas,
y diligencias se hagan
de un tal Don Juan de la Tierra,
y que à Palacio lo traygan.
Fué el Capitan, y lo halló,
vino con su esposa amada.
Ante el Rey los dos pusieron,
à lo que dispone, y manda,
que todos se retirasen,
con el soldado quedaba.
Juróle por su Corona,
si la verdad no declara,
que tiene de castigarlo,
qué quién le dió aquella alhaja
de

de aquel Anillo Real?
A lo que Don Juan le habla,
diciendo que paseando
una cierta noche andaba
en la Corte quando oyó
una voz muy delicada
de una Dama, que decia:
Huya, huya, que lo matan.
Vide à cierto Cavallero
hecho un Marte en la campaña,
que de ocho se defendia
con Española arrogancia.
A su lado me planté,
arranqué, Señor la espada;
quitandole algunas puntas;
porque grandes estocadas
le tiraban los traydores;
mas fué mi fortuna tanta,
que al Cavallero, ni à mi
se nos agraviasse en nada;
y agradecido, Señor,
el referido me daba
unos doblones, y dióme
esse anillo que se enlaza
en vuestra mano Real.
Me dixo à Palacio vaya,
que el era el Mayordomo,
y mire que no haya falta.
Nunca me acordé de ir,
seguí à Napoles la marcha,
Señor, en mi Regimiento,
donde he hallado dicha tanta
que con decir, de que era
hijo vuestro (heroyca hazaña!)
y que tambien dí la muerte
à un hijo del duque de Alva,
engañando à un Mercader,
saquele su hija amada.
Paséme à España, Señor,
con hacienda muy sobrada.
recibí del Matrimonio

las ceremonias Sagradas.
Aqui tienes mi cabeza,
y la verdad declarada.
Maravillado quedó
el Rey, viendo la sumaria
del termino de su vida,
y al Mayordomo le manda
que lo mantenga en Palacio.
Assi estuvo dos semanas,
hasta que el Napolitano
la buelta à Palacio daba.
El Rey le mandó que aguarde
hasta segunda ordenanza.
Mandó subiese Don Juan,
y venga su esposa, y traygan
una gala de la Reyna,
para que fuesse adornada.
Al Soldado puso el Rey
Toysón, y Llave Dorada,
y un baston de General,
y que se sentasse manda.
Cubrió con unas cortinas,
de tela muy realzada,
sus personas, y dispuso
que el Napolitano traygan.
El Rey le dice: Ea amigo,
ya el paxaro está en la jaula:
ya está preso el agresor,
la sentencia ha de ser dada
entre los dos: Que os parece?
ha de ser hoy, ó mañana?
Respondió el Napolitano:
Si à mi gusto ha de ser dada,
como parezca mi hija,
que no se le agravie en nada.
Que à tu enemigo perdonas?
Si Señor, porque me agrada
aquel arte, y compustura,
y dispocion gallarda.
Corrió el Rey las dos cortinas,
y de esta suerte le habla:
Aqui

Aqui está el grande Don Juan,
vés aqui tu hija amada.
Levanta, gallardo Joven,
tres veces Grande de España,
Cavallero del Toysón,
Señor de Llave Dorada;
defendedor de la vida
del gran Rey de las Españas.
Levanta Señor de Illescas,
y de todas sus comarcas.
Ea buen Napolitano;
ya la justicia está dada,
veos en paz, y de himenéo
goceis delicias sobradas.

Besaron al Rey la mano
por mercedes tan colmadas.
Los Titulos le entregaron,
en que hoy autorizada
se vé la casa del dicho,
en Illescas la nombrada:
Gozoso el Napolitano
se ausentó para su Patria,
à vender toda su hacienda,
y luego venirse à España.
Y Pedro Salvador píde
al Auditorio las faltas
perdone, si es que las hay
en la Historia declarada.

FIN.

Barcelona: En la Imprenta de los Herederos de Juan Jolis, en la calle de los Algodoneros.

199